

LA IDEA DE CENTRO

Asociación Arqueológica “Kergal”.

Este artículo forma parte de los textos previos de intención divulgativa del cuaderno n.º 3 de la Asociación Arqueológica “Kergal” (1978). La traducción del cuaderno completo se encuentra en nuestra web: Material de Consulta/La Materialización/Megalitismo.

ÍNDICE

LA IDEA DE CENTRO EN LA CIENCIA CONTEMPORÁNEA.....	2
LA IDEA DE CENTRO EN EL MUNDO ANTIGUO.....	6
LA MONTAÑA POLAR EN EL ARTE SAGRADO MEGALÍTICO.....	16

LA IDEA DE CENTRO EN LA CIENCIA CONTEMPORÁNEA.

“Como una piedra caída en medio de un estanque, y a partir de la cual nacen y se desarrollan ondas concéntricas que comunican el movimiento original hasta el horizonte de lo creado, el Centro es, ante todo, el Principio”. (1)

Aprender el Universo en su totalidad sobrepasa las posibilidades de la inteligencia humana. Sin embargo, se ha intentado, y se intenta aún, hacer frente a este desafío. Todos aquellos que han ido hasta los límites de su comprensión han intentado después transmitirlo bajo formas siempre renovadas.

El pensamiento humano ha pretendido, en toda época y lugar, el acto de trascender lo que se revela de manera inmediata a nuestros sentidos, desde los “héroes” de la antigüedad a los “genios” actuales. Este acto estuvo en el origen de todas las cosmologías que constituyen la trama cultural de todos nuestros pueblos.

En efecto, en todas las épocas se han propuesto algunas verdades que se creían objetivas; verdades que plantean, cada una desde su punto de vista, el problema de la relación entre el origen de las cosas y las leyes que rigen las transformaciones de las que se derivan todas las estructuras; dicho de otro modo: el problema de la Creación y el mantenimiento del equilibrio mecánico del Universo. Antes de abordar las ideas contenidas en los mitos y las formas artísticas de los pueblos antiguos, sería interesante comprender como se posiciona el hombre del siglo veinte ante estos problemas eternos.

En nuestro viejo mundo occidental, sobre todo desde el Renacimiento, algunos hombres han intentado comprender y reagrupar la diversidad de los fenómenos naturales, y enunciarlos bajo la forma de un número restringido de leyes simples, expresadas de manera más concisa (o abstracta) con la ayuda del lenguaje matemático. Así, por aproximaciones sucesivas, y gracias al genio intuitivo de algunos de entre ellos, estos esfuerzos han desembocado en este siglo en la concepción de un universo percibido a través de algunas teorías fundamentales, verdaderos pilares del conocimiento occidental, que son la armadura de la cosmología moderna.

Einstein, que buscó durante toda su vida la Unidad -origen de todo fenómeno- consagró sus esfuerzos a revelar una teoría que contuviera a todas las demás, y a través de la cual fuera posible comprender cualquier fenómeno. La llamó además “Teoría del Campo Unitario”. Está fuera de nuestro propósito estudiar aquí las conclusiones a las que llegó, ya que su tentativa fracasó, pero debemos citar algunas reflexiones de este genio, con el fin de mostrar cual fue el proceso interior que estuvo en el origen de sus trabajos (2):

“Saber que lo que os es impenetrable existe realmente, y se manifiesta a través de la más alta sabiduría, de la belleza mas radiante, sabiduría y belleza que nuestras débiles facultades pueden comprender solamente bajo su forma más primitiva; este conocimiento, este sentimiento, está en el centro de la verdadera religión.”

Añadiendo además:

“La experiencia religiosa cósmica es la razón de las mayores y más nobles investigaciones científicas...Mi religión consiste en la humilde admiración hacia el espíritu superior y sin límite que se revela en los mas ínfimos detalles que podemos percibir con nuestros débiles y frágiles espíritus. Esta profunda convicción sentimental de la presencia de una razón poderosa y superior que se revela en el incomprensible Universo: he aquí mi idea de Dios”.

Es efectivamente esta idea “religiosa”, en su sentido etimológico primero, independientemente de todos los conceptos morales que lleva incorporados, la que permite “religar”, o más exactamente “releer” los diversos elementos. Las matemáticas la llaman “desconocida”, las ciencias experimentales “idea directriz”. Esta forma de intuición indefinible es el impulso que está en el origen de cualquier investigación del orden que sea.

Esta actitud está tan próxima a la de los filósofos y sabios de la antigüedad que nos incita a poner algunos ejemplos simples y concretos entre los conceptos científicos actuales, sin tener que entrar por ello en consideraciones demasiado teóricas que estarían fuera de nuestro propósito.

Nos gustaría abordar tres ejemplos, desde el infinito astronómico hasta el infinito atómico: el Universo de las galaxias y de las estrellas; el de los átomos y las partículas; el de los seres vivos y las células. Podemos plantearnos la pregunta de si, más allá de las diferencias aparentes, existe una trama fundamental, una Unidad que se dejara entrever bajo fenómenos tan radicalmente alejados. No podemos dejar de observar las analogías que se repiten en cada escala de dimensión, del átomo a la estrella, y que evocan la idea de una serie de mundos insertados los unos dentro de los otros.

En lo que respecta al universo astronómico (y por consiguiente al de los átomos y al del mundo vivo), algunos físicos han enunciado la hipótesis de que surgió de un “átomo” primordial, que contuvo de forma potencial toda la materia y todas las energías. En el interior de este átomo había una temperatura inimaginable (superior a diez billones de grados), y explotó hace alrededor de quince mil millones de años, entrando en una fase de expansión y expulsando materia y energía a través del espacio; o más probablemente, materia, antimateria y energía. La creación primordial se acompañó de una bajada gradual de la temperatura y de la formación de elementos químicos ligeros, como el hidrógeno. Toda esta materia se condensó y se estructuró en estrellas, y estas se reagruparon en galaxias, entre las cuales la nuestra –la Vía Láctea- es un caso particular...

Este proceso de expansión se observa actualmente gracias a potentes telescopios que, capaces de llevar la visión a los confines del universo, muestran cómo las galaxias parecen alejarse unas de otras a una velocidad mayor cuanto mayor es la distancia que las separa. Para otros físicos, este movimiento de expansión de la materia y de degradación de las energías, es decir, esta tendencia al desorden (los físicos llaman a esto “entropía”) estaría alterado por un movimiento de contracción, de vuelta al centro primitivo desconocido para nosotros. L. Barnett escribe a este respecto **(3)**:

“Todos los fenómenos de la naturaleza, visibles e invisibles, tanto en el interior del átomo como en el espacio exterior, muestran que la substancia y la energía del universo se dispersan inexorablemente en vapor a través del vacío insaciable. Lenta pero ciertamente el sol se consume, las estrellas no son más que rescoldos moribundos....”.

De esta manera, el universo avanza hacia una última “muerte del calor”. Esta energía así liberada, muerta bajo esta forma del calor, ¿no contribuirá al nacimiento de otras galaxias en nuestro gran cosmos? Esto es lo que algunos teóricos contemporáneos suponen, emitiendo la hipótesis de un universo que se reconstruiría a sí mismo, en alguna parte, de algún modo, fuera del alcance de nuestros telescopios y de nuestros actuales medios de investigación. Aunque esta concepción sea controvertida, si suponemos la posibilidad de tal evento podemos llegar finalmente a la noción de un Universo perpetuándose por su propia pulsación, renovando sus ciclos de formación y disolución, de luz y de sombra, de orden y desorden, de calor y frío, de expansión y contracción, hasta el fin de los tiempos.

Se han establecido ya acercamientos entre esta teoría y la del Yin-Yang de los antiguos chinos, según la cual el mundo estaría animado por un doble movimiento comparable a las fases de la respiración.

En el otro extremo de la escala de las grandezas, las partículas últimas de la materia tienden a combinarse para constituir los edificios atómicos. Encontramos aquí una estructura central (en la que la naturaleza comienza actualmente a revelarse) que es el núcleo formado por protones y neutrones (partículas de igual masa de las que las primeras tienen una carga eléctrica positiva) alrededor del cual gravitan los electrones a muy alta velocidad (partículas más ligeras que las primeras y en las cuales la carga eléctrica es negativa). La teoría muestra que los electrones, cuyo número es igual al de los protones situados en el núcleo, se reparten según reglas muy precisas en el interior de capas de energía insertadas unas dentro de las otras. Vemos así que el núcleo, por su presencia en tanto que unidad central, impone a su alrededor, en función del número de protones que lo constituyen, un espacio con una estructura compleja: es así la causa de todo el edificio electrónico y, por consecuencia, de todas las propiedades químicas del átomo; es decir, de su aptitud para combinarse, por intermediación de sus electrones mas externos y en ciertas condiciones físicas, a otros átomos, dando así nacimiento a la diversidad de las substancias que nos constituyen y constituyen el Universo.

Volvamos cerca de nosotros, a un mundo más directamente perceptible por nuestros sentidos: el de las células. En biología, la célula, ya viva en estado libre o se asocie para constituir tejidos, es la estructura básica a partir de la cual están organizados todos los seres vivos, plantas y animales. Esta unidad viva, de una organización y un funcionamiento sorprendentemente complejos, está gobernada a partir de un núcleo central por una entidad notable: el cromosoma, constituido por una molécula gigante muy larga (el ADN), enrollada y vuelta a enrollar en hélices, que contiene potencialmente toda la información que, expresada por mecanismos complejos, desembocará en las características morfológicas y estructurales de la célula y en todas las funciones necesarias para su vida: alimentación por intercambio de sustancias con el exterior, transformación de estas sustancias a fin de permitir su crecimiento, sus movimientos y su multiplicación. El conjunto de todas estas propiedades parece abocar a una tendencia a la organización de la materia y a la concentración de las energías, proceso

inverso del que hemos visto más arriba a propósito del mundo astronómico. De hecho, un estudio detallado muestra que este abocamiento resulta de un equilibrio entre el proceso de digestión, o de degradación de las sustancias tomadas de exterior de la célula, y el de su transformación en nuevas sustancias necesarias para las funciones cada vez mas especializadas de la misma.

Estos pocos ejemplos escogidos en el campo de las teorías y conocimientos actuales emanan de la forma de percepción intuitiva de algunos sabios. Los que están fuera de esta búsqueda, al no estar sus condiciones de vida bajo este signo, no conocen este tipo de intuiciones, pues no pueden “verificarlas” materialmente.

Parece que en los antiguos mundos tradicionales no existía esta ruptura entre científicos y profanos, y que aquella confianza recíproca animaba todas sus relaciones.

¿Cuál era la extensión de su conocimiento? ¿Qué concepto tenían de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño? Lo ignoramos en detalle, pero la huellas de la concepción sobre un mundo que se organiza alrededor de un centro se reencuentran actualmente a través de sus mitos, de sus obras de arte, de la estructura de sus ciudades y de su organización social -cuando esta nos es conocida- y, sin una sombra de contradicción con los tratados de cosmología y los rituales que hemos podido estudiar, éstos nos ayudan a esclarecer a aquellos.

Esa unidad que anima conocimiento y modo de vida nos produce una especie de nostalgia de “la edad de oro”, en un siglo en el que las fuerzas coercitivas nos vienen desde el exterior, y ya no emanan de ningún centro.

Y. Mouillé.

NOTAS:

(1) *“El mundo de los Símbolos”*, colección *Zodiaque*, p.23.

(2) L. Barnett, *“Einstein y el Universo”*, colección *Ideés*.

(3) Ídem, p.154 y siguientes.

LA IDEA DE CENTRO EN EL MUNDO ANTIGUO.

Para el hombre del mundo antiguo -acabamos de verlo- todo comienza con el Centro. De él surge el movimiento que permite seguidamente a la energía creadora volver a su origen, en un ciclo perpetuo.

“El centro es el punto de partida de todas las cosas, punto principal sin forma y sin dimensión, por lo tanto invisible, y por consiguiente la única imagen que puede darse a la Unidad primordial (...) representa pues el Principio inmutable que es el que da al movimiento su impulso primero, lo gobierna y lo dirige, y, por consiguiente, le da su propia ley, no siendo, en cierto modo, la conservación del orden del mundo más que una prolongación del acto creador”.
(1)

Esta noción de movimiento cíclico, del ir y el volver de las cosas a partir de un mismo punto-origen era muy comprensible para el hombre de antaño que vivía en la naturaleza, donde podía observar numerosos ejemplos: el orto y el ocaso de los astros, el ciclo de las estaciones...Es por ello que, en cualquier tradición, cualquiera que sea, encontraremos siempre, adaptada al lugar y a la época, esta idea de un punto central alrededor del cual se desarrollaba y se organizaba la vida de la sociedad.

La noción de un lugar sagrado, centro de cultura, polo de todas las actividades humanas, es fundamental para la comprensión del mundo antiguo. Hoy esta idea ya no es la base de nuestra sociedad. Pero sin embargo parece como si algunas personas tuvieran nostalgia de ello, pues vuelven su mirada hacia los pocos vestigios que subsisten de aquellas civilizaciones: las huellas de sus sistemas cosmológicos que han quedado inscritas sobre el suelo, cosmologías de las que encontramos modos de expresión en los mitos y los ritos. Intentaremos ver cómo el hombre del mundo antiguo supo expresar esta idea, a través de algunos ejemplos tomados de distintas civilizaciones.

Los sistemas representativos del mundo en todas las civilizaciones antiguas se reducen a un esquema-tipo, inmutable, que encontramos en todos los lugares, más o menos escondido bajo diferentes formas **(fig.1)**, sea en descripciones de lugares míticos sagrados, en la construcción de santuarios, altares o templos, en la organización de un territorio, de una sociedad, o bien en los rituales que acompañan las diferentes fases de la vida tradicional.



Fig. 1. Ilustración de un sistema representativo del mundo, "espacio sagrado organizado, en oposición al espacio profano no organizado". Arte Tibetano, Museo Guimet.

Se trata siempre entre los pueblos antiguos de la representación de un “*espacio sagrado, centrado, organizado; rodeado por, y en oposición a, la zona desmesurada, mal conocida, caótica, del espacio profano no organizado*” (2).

Este espacio representa el universo tal como lo imaginaban los Antiguos. En las diferentes mitologías se evoca bajo los nombres de Tierra Santa, Tierra pura, Tierra de inmortalidad...cuyo prototipo se sitúa generalmente en el polo (la *Thule* hiperbórea de la Tradición primordial (3)). El centro de este lugar, sea mítico o esté realmente trazado sobre el suelo, está marcado por un punto rodeado de un espacio vacío. En el lenguaje mítico se habla de una isla emergiendo del océano (por ejemplo, la colina primordial egipcia) (4). Por este centro pasa un eje vertical, repetición del *Axis Mundi*. Sus diversas representaciones son igualmente un poste o un pilar, un árbol, una montaña, una roca o incluso un menhir. El eje permite la conexión entre los diferentes estados del universo. Alrededor de este pilar central, vertical, encontramos en el plano horizontal una división del espacio en varios círculos concéntricos que da forma al desarrollo de la manifestación. Vemos aquí un ejemplo (fig. 2).

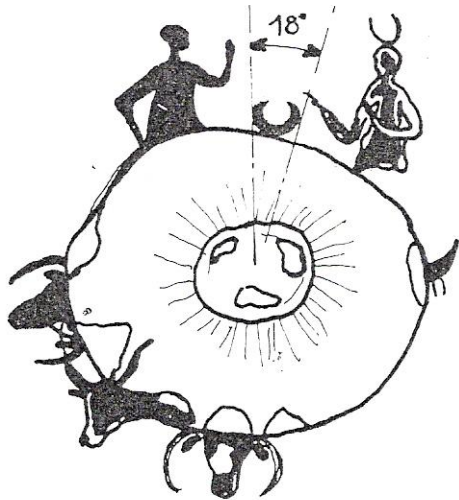


Fig. 2. Este gran disco solar con cabezas de bueyes es la réplica de la representación del dios egipcio Ra, el dios Sol de Heliópolis, donde la imagen del sol estaba reemplazada por la del faraón. Figura en una pintura de época bovidiana de hacia 3.500 a.J.C. en la estación de Tissou-Kaï, en el Tassili-n-Ajjer (tomado de “Los últimos misterios del mundo”).

Los círculos se organizan alrededor del centro. “A veces el punto está rodeado de varios círculos concéntricos, que parecen representar los diferentes estados o grados de la existencia manifestada, disponiéndose jerárquicamente según su mayor o menor alejamiento del centro primordial” (5).

A esta división circular se superpone una división del espacio en cuatro partes, según los puntos cardinales (o solsticiales), ilustrando así la importancia de la orientación entre los Antiguos, que estaba en la base de la estructura de su sociedad.

He aquí varias ilustraciones de estas estructuras (**fig. 3 y 4**).

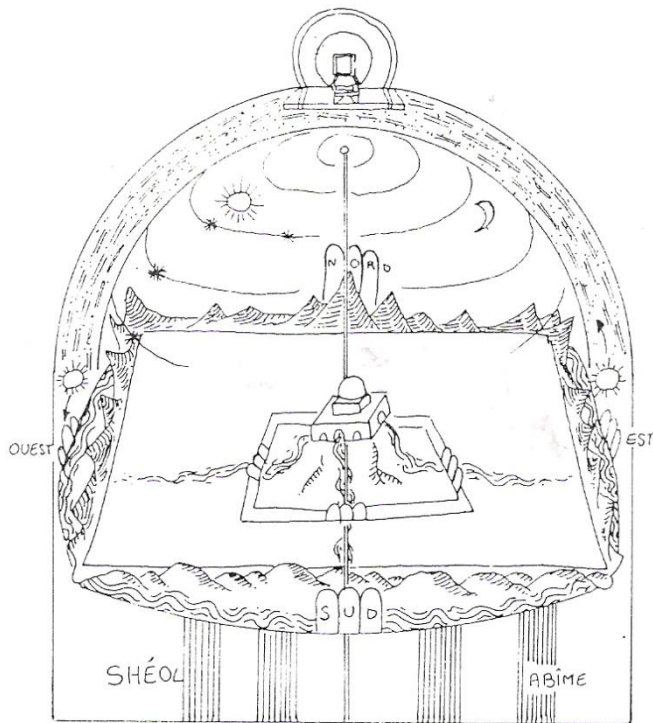


Fig. 3. Representación de un lugar mítico sagrado, el paraíso, según la Biblia.
(Shéol. Esquema realizado según un dibujo tomado de "El Mundo de los Símbolos" -Zodiaque-).



Fig. 4. Plano de un pueblo mejicano, según un dibujo tomado de "El Espíritu de la Tierra" (Seuil).

¿Cuál es el origen de estas estructuras?

El conocimiento astronómico y el de los fenómenos de la Naturaleza era necesario para los pueblos que practicaban la agricultura. Lo aprendieron por una atenta observación de la Naturaleza, a la cual su vida estaba íntimamente ligada. Por ello tomaron estos fenómenos como símbolos para expresar su cosmología. Un buen ejemplo de esto es este pasaje del *Popol-Vuh*, libro sagrado de los Indios Mayas-Quichés:

“La energía genética del Cosmos se manifiesta en el acto esencial de la renovación de la vida vegetal, que se realiza todos los años en la estación de las lluvias cubriendo la tierra de un manto verde. Este acontecimiento está determinado astronómicamente por el primer paso del sol por el cenit y se compara a las bodas del cielo y la tierra (...) para que pueda realizarse un acto de creación (...) es necesario (...) que el sol se encuentre exactamente en el centro del cielo, perpendicularmente al de la tierra, única posición en la cual puede fecundarla” (6).

Este ejemplo ilustra bien que todo comienza con el centro (**fig. 5**).



Fig. 5. Calendario azteca, otro ejemplo de estructuras concéntricas, y de la aplicación de los conocimientos astronómicos de los pueblos de América Central. Todos sus calendarios estaban basados en la observación de los astros, sobre todo del Sol.

(Esquema realizado a partir de una fotografía tomada de “Los últimos misterios del mundo”).

El territorio alrededor del pilar central está dividido en círculos y sectores, a veces en número de doce, dejando percibir todo un sistema zodiacal, como lo sugiere este plano de una ciudad iraní (fig. 6).

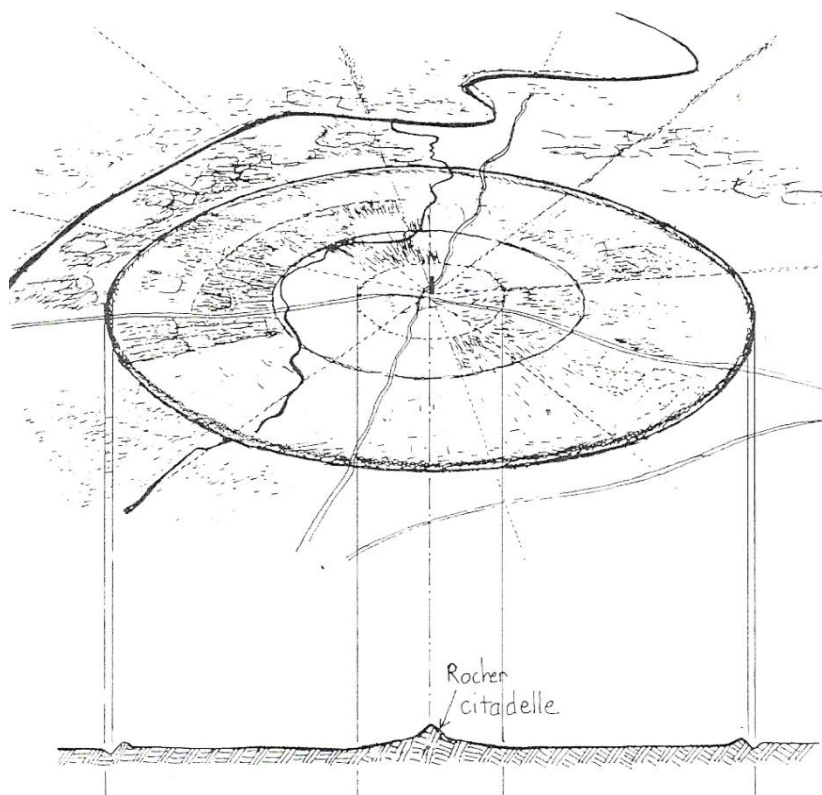


Fig. 6. La ciudad iraní de Firuzabad o Fars es un ejemplo sorprendente de la organización de una ciudad alrededor de un centro, que representa el eje del universo, en el que se distingue el peñasco-ciudadela alrededor del cual se desarrolla la ciudad en círculos concéntricos, y estando todo ello limitado por un recinto.

(Esquema realizado según una imagen de "El Espíritu de la Tierra" -Seuil-).

Por todas partes en el mundo antiguo encontramos estos dos modos de partición superpuestos, el primero referido a la idea de "todo es circular", y el segundo basado en la orientación.

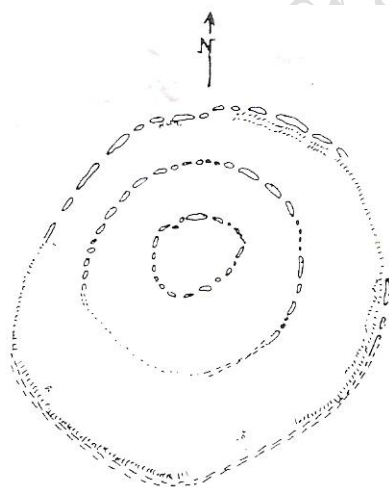


Fig. 7. El triple recinto de Windmill Hill (Wiltshire, Sur de Inglaterra), según "Field Archaeology in Great Britain" (Ordnance Survey).

Interviene aquí otra distinción relativa al modo de vida de los pueblos antiguos. En efecto, los pueblos nómadas *“ven su ideal en la naturaleza dinámica e indefinida del círculo”* y es por esto por lo que sus santuarios son siempre circulares, así como sus viviendas, concebidas además como réplica del santuario. Por el contrario, los pueblos sedentarios *“ven su ideal en el carácter estático y la regularidad del cuadrado”* (7), como lo muestra la planta de sus templos, rectangulares o cuadrados.

He aquí expresada por Héhaka Sapa, perteneciente a la nación de los Indios Sioux, toda la cosmología de su pueblo:

“Todo aquello hecho por un indio está hecho en un círculo. Y es así porque el Poder del Universo actúa siempre mediante círculos y todas las cosas tienden a ser redondas. En los días antiguos, cuando éramos un pueblo fuerte y dichoso, toda nuestra potencia nos venía del círculo sagrado de la nación, y durante todo el largo tiempo en el que el círculo permaneció entero el pueblo floreció. El árbol florecido era el centro vivo del círculo, y el círculo de las cuatro partes lo nutría. El Este daba la paz y la luz, el Sur el calor, el Oeste la lluvia, y el Norte con su viento frío y poderoso daba la fuerza y la resistencia. Este conocimiento nos llegó del Mundo exterior (el Universo) con nuestra religión”. (8)

Circular o cuadrado, el santuario de los pueblos antiguos se concibe siempre de la misma manera: está siempre en el centro del mundo. Así se procedía en la antigua India:

“Sobre el lugar escogido para la construcción del templo se erigirá un pilar y se trazará un círculo a su alrededor, a modo de gnomón: la sombra del pilar proyectada sobre el círculo indicará, por sus posiciones extremas de mañana y tarde, dos puntos unidos por el eje este-oeste. Alrededor de estos mismos puntos, por medio de un compás hecho con una cuerda, trazaremos después círculos, formando los gemelos al cruzarse la forma de un “pez”, que marcará el eje norte-sur” (9).

Lo mismo podemos encontrar en muchos juegos rituales que eran empleados también como modo de transmisión, tal como lo expusimos en un estudio anterior (10). Encontramos ejemplos muy interesantes de estos juegos por toda América: así por ejemplo entre los Sioux, de los que ya hemos hablado, existía la práctica de un juego de este tipo en el del lanzamiento de la pelota. Este juego representa el curso de la vida humana, cuyo fin es lanzar la pelota al centro. Se componía de cuatro equipos dispuestos en cuatro sectores y su emplazamiento debía ser trazado ritualmente. Es interesante señalar que la consagración del lugar se expresaba por la Tierra. Para trazar sobre el suelo los límites del espacio en el que se desarrollaría el juego el oficiante tenía que marcar primero, con la ayuda de un hacha de piedra, el centro del emplazamiento elegido, y después cada una de las cuatro direcciones cardinales golpeando el suelo con su hacha. Seguidamente debía extraer tierra del centro con un cuchillo y repartirla por cada una de las cuatro direcciones: Este, Oeste, Norte y Sur, y después volver a recogerla en el centro antes de extenderla cuidadosamente por todo el espacio consagrado. Tras haber procedido a la consagración propiamente dicha debía coger un bastón en punta, ofrecérselo al Gran Espíritu y trazar con este bastón sobre la tierra una línea Este Oeste y otra Norte-Sur. Era entonces cuando todo estaba listo para que el juego pudiera comenzar (11).

Vemos de esta manera, tanto en los mitos como en los ritos, como se perpetúan las mismas estructuras hasta en los menores aspectos de la vida de estos pueblos, y será también normal, por lo tanto, que las encontremos en sus organizaciones sociales y territoriales. Todavía sin salir de América hallamos otro ejemplo, que nos parece muy interesante, en el gran pueblo Maya. Vemos aquí un ejemplo típico de una estructura tradicional integral: una economía íntimamente ligada al sistema del mundo, totalmente expresado en su estructura social y sus instituciones. Es una opinión compartida por Raúl Olagaray en su interesante trabajo sobre *“Ciudades y Palacios en la cosmología Maya”* (12):

“La necesidad de crear centros directores de esta nueva economía agrícola- habla aquí del maíz- hace indispensable la fundación de ciudades cuyo urbanismo estará concebido en función de una sociedad fuertemente jerarquizada; un vasto emplazamiento de zonas concéntricas cuyo centro está destinado a funciones administrativas y religiosas que dependen de una misma autoridad, alrededor está el sector consagrado a las clases dirigentes, y, finalmente, una vasta zona periférica destinada al pueblo y los territorios cultivables (...) Independientemente de la distribución de las jerarquías en zonas concéntricas, resultado de la posición del hombre en la sociedad y de las concepciones cósmicas del universo Maya, había que tener en cuenta el emplazamiento de esta sociedad en relación al universo. Es por ello que las ciudades mayas están invariablemente orientadas según las líneas formadas por los dos ejes, Norte-Sur y Este-Oeste, que la sitúan en el Universo” (fig. 8).

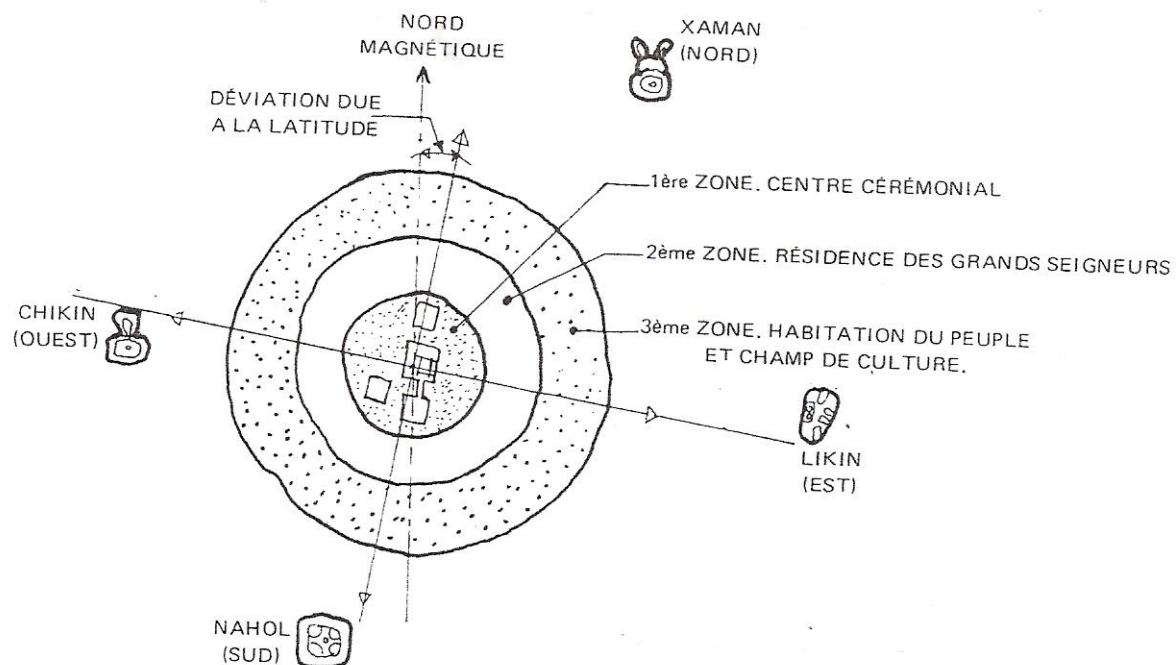


Fig. 8. Observatorio de Uaxatán, Guatemala, según el artículo de R. Olagaray.

Vemos claramente cuáles eran los principios directores de toda organización y toda construcción tradicional, y que estos principios provenían directamente de la manera en la que creían que se había formado el universo, a instancias de lo que observaban en la propia naturaleza. El *Popol-Vuh* describe así la Creación del Mundo:

“Grandiosos eran la descripción y el relato de la creación de cielo y tierra, de cómo Todo fue señalado y medido. Se trajo una cuerda de medir y se tendió en el cielo y en la tierra, en las cuatro esquinas y los cuatro rincones, como lo había dicho el Creador y Formador de todo lo que ha sido creado...todo lo que hay sobre la tierra y en el cielo fue creado, buscando los ángulos del firmamento y midiendo todo lo que hay en él, cuadrando las medidas, estableciendo los puntos de base de lo que cielo y tierra contenían...” En la continuación del texto se expone que *“las cuatro direcciones fueron señaladas, cada una, con mojones”* que se diferenciaban por sus distintos colores.

Muchos otros ejemplos nos mostrarían igualmente la universalidad en el mundo antiguo de estas estructuras en un tiempo en el que, para el hombre, todo lo que formaba parte de la vida práctica y cotidiana estaba íntimamente integrado en la vida religiosa, y ésta viviendo en simbiosis con las leyes del universo del que ella misma era su expresión.

Es interesante señalar que la mayor parte de los ejemplos del mundo Sioux que hemos elegido mantuvieron su sentido hasta un período muy tardío, hace una veintena de años. A pesar de haber sido invadidas, en mayor o menor medida, por la tecnología moderna, todas estas estructuras han sabido permanecer vivas, y esta es una de las razones por las que los Indios nos interesan más, pues están próximos a nosotros, aún teniendo otra concepción diferente de la vida.

Y pensamos también en Irlanda, tan cerca de nosotros, un territorio rico en megalitos. Una isla, esto es, un lugar privilegiado como expresión de un centro tradicional, símbolo de una tierra sagrada, tierra emergente del Océano primordial. Tierra que luego albergó al Celtismo y al Cristianismo, y que ha sabido perpetuar en todos las épocas estas tradiciones, pues todavía en la Edad Media la vemos aún gobernada de manera tradicional. En efecto, Irlanda estaba antaño formada por cuatro reinos, más un quinto con el nombre de Mide (*medius, en medio*) ilustrando así su posición central. Este reino había sido constituido a partir de porciones tomadas a cada uno de los otros cuatro. Era el privilegio propio del rey supremo de Irlanda, llamado además Gran Rey de Tara, por el nombre de la capital de este Reino, siendo los otros cuatro reyes sus vasallos.

Guénon habla de este reino en cuyo centro *“había una piedra alzada...conocida con el nombre de ‘piedra de las proporciones’ pues marcaba el lugar donde convergían, en el interior del reino de Mide, las líneas que separaban los cuatro reinos primitivos”*. (13) Esta piedra, colosal, representaba el *“ombligo de la Tierra”*, el Centro del Mundo.

NOTAS:

- (1) "Símbolos fundamentales de la Ciencia Sagrada", R. Guénon, capítulo 8 "La idea de centro en las tradiciones antiguas".
- (2) "Le symbolisme cosmique des monuments religieux" M. Eliade, Roma, 1959, pp. 57 a 82.
- (3) R. Guénon, p. cit.
- (4) "Le tumulus de Gavr'inis", Boletín nº 1 de la Association Archéologique Kergal, artículo "La montagne artificielle", p.32.
- (5) R. Guénon, op. cit. p. 85.
- (6) "Le Popol-Vuh, histoire culturelle des Mayas-Quichés" R. Girard, Petite Bibliothèque Payot, "Cosmogonie et création de l'univers", p.22.
- (7) "Principes et méthodes de l'Art Sacrée" Titus Burckhardt, Derain, capítulo 2 "La Genèse du temple hindou", p.29.
- (8) "Les rites secrets des indiens Sioux" Héhaka Sapa, P.B. Payot, Introducción, p.26.
- (9) T. Burckhardt, op. cit. p.31.
- (10) Boletín nº 1 de la A.A.K., op. cit. Artículo 4 "La Marelle", p.34.
- (11) H. Sapa, op. cit., 8 "Le lancement de la balle", p.180.
- (12) En Rev. "Archéologia", nº 12, p.53.
- (13) "Le Roi du Monde", R. Guénon, NRF, Gallimard, cap. 9 "L'Omphalos et les Béthyles".

LA MONTAÑA POLAR EN EL ARTE SAGRADO MEGALÍTICO.

En las sociedades tradicionales el espacio sagrado es, ante todo, la imagen del espacio interior del hombre, el lugar en cuya intimidad se desarrollan todas sus experiencias psíquicas.

Sea simplemente materializado en el suelo por una zanja o un recinto, o bien considerado como espacio interior humano, el espacio sagrado no existe más que por su parte central, su centro, del cual emana y hacia el que todo converge, tal como la palabra nace del silencio y la acción del recogimiento. Lo que está inscrito sobre el suelo de este espacio es la analogía del hombre con el cosmos -del griego *kosmos* que significa a la vez *mundo* y *orden*-, y esto es lo que explica que la Tierra entera y el Universo, considerados en su movimiento recíproco, fueran tomados como símbolos fundamentales en las ciencias antiguas.

La escala adoptada es tal que parece bastante evidente que toda área sagrada implantada sobre nuestra Tierra, sean cuales sean el lugar y la época, presentan estructuras rigurosamente idénticas, siendo cada una de estas áreas imagen del Todo: tantas Tierras Santas y Espacios Sagrados como pueblos vivos, unidos en torno a un mismo Principio-Verdad, del que presienten cierta resonancia en su propio ser.

Habiendo evocado ya la idea de Centro, verdadero “Polo” en torno al cual se organiza la sociedad humana tradicional, podemos ahora examinar la idea de Montaña Polar, una noción importante en la Tradición Megalítica y que conviene situar bien *“porque esta Montaña se eleva en el centro del universo, coincide con el eje del mundo. Su cima se encuentra bajo la Estrella Polar, verdadera piedra clave en la bóveda de este sistema imaginario maravillosamente homogéneo”*. (1)

Pero este sistema ¿era tan “imaginario”? ¿no era mejor la “maravillosa imagen”, representación fundamental de las ciencias del hombre prehistórico? Esta es una pregunta que deben considerar ahora con cierta objetividad quienes excavan febrilmente el suelo de su Tierra a la búsqueda de su propio origen.

La revolución del carbono-14 ya nos ha obligado a admitir que los megalitos atlánticos precedieron a las grandes civilizaciones de Oriente Medio, como la del Egipto faraónico, por ejemplo. *“Ancient Europe is older than we thought”* (*“la Antigua Europa es más vieja de lo que pensábamos”*) es la idea de Colín Renfrew (2). ¿Deberemos rendirnos algún día a la evidencia de que *“Ancient Science is older than we thought”*? Los actuales estudios nos permiten vaticinarlo. Pero estas cuestiones desbordan el propósito que nos hemos fijado para este estudio, donde intentaremos comprender mejor un aspecto del simbolismo de la Montaña Polar.

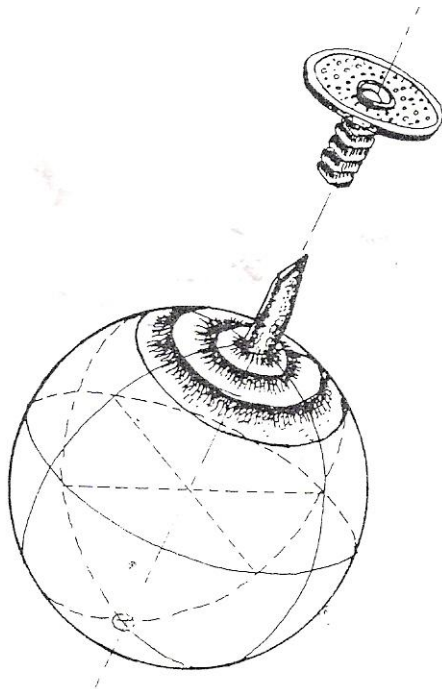


Fig. 1. *La Tierra y su eje de rotación.*

La **fig.1** esquematiza la Tierra atravesada por su eje de rotación, con el emplazamiento del polo marcado por un menhir. Si adoptamos el lenguaje mítico y hablamos de nuestra Tierra como de un gigantesco ser vivo vemos que el casquete esférico que rodea el Polo constituye una especie de “casquete craneal” del Ser-Tierra (**fig. 2a**), unido a la Estrella por su eje invisible, asimilado a la Montaña Celeste, la Bóveda Celeste. En el megalitismo estas estructuras son las de la Montaña Tumular. Visto desde el cielo, este “doble casquete” aparece como círculos concéntricos alrededor del Polo, punto central donde se proyecta la Estrella Polar (3).

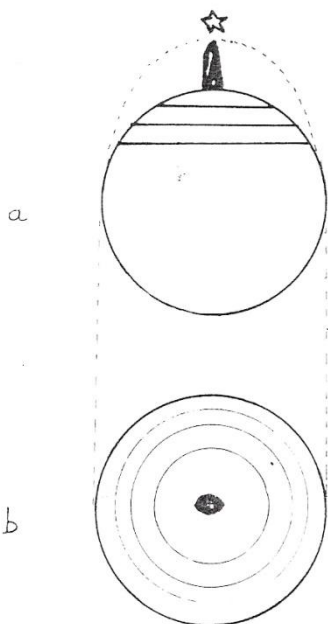


Fig. 2. *El “casquete craneal” de la Tierra:*

a) *La Montaña Tierra coronada por la Montaña celeste.*

b) *La doble montaña vista desde la Estrella.*

Estas estructuras (**fig. 2a y 2b**) se encuentran por doquier en los monumentos y emplazamientos megalíticos, y aunque pensadas para el Polo fueron no obstante reproducidas en cualquier punto de la Tierra, transformado por esto mismo en “*espacio sagrado*”, y unido al Centro por lo que llamaríamos un sistema de coordenadas “*polares*” en relación con un ritual de orientación. La forma de algunos menhires permite entrever indicios de sistemas de observación de la Polar (**fig. 3**).

El eje invisible que une la Tierra al Cielo es la Vía recta que conduce a la Estrella. En el mundo antiguo la Estrella Polar era un agujero en la bóveda celeste, lo que es claramente la misma idea de un eje que, como una flecha, agujerea el cielo en su corazón. En sentido contrario, el menhir, o la Piedra Negra de la Kaaba, es el meteorito, la piedra caída del cielo, lo que traza el camino en el otro sentido.

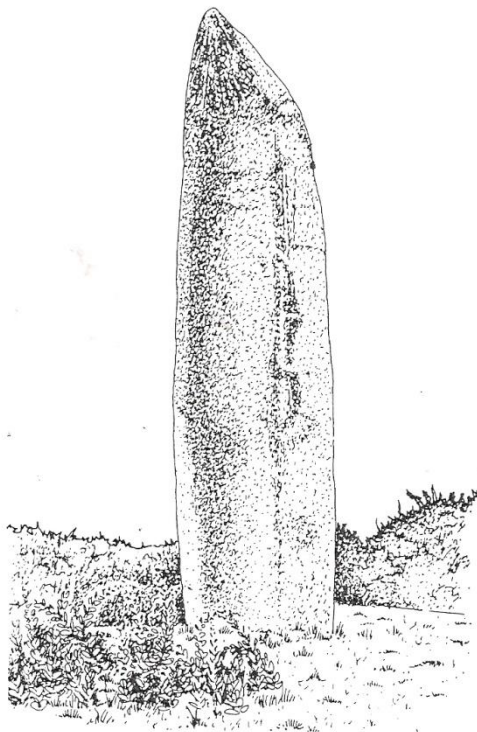


Fig. 3. “Menhir de Kervéatous, cerca de St. Renan” (Finisterre).

Dibujo realizado a partir de una antigua postal. **(4)**

Alrededor de la Estrella, Reina que domina en la copa del cielo, se disponen las estrellas fijas, las circumpolares. Una deformación de estas constelaciones no puede notarse más que en un periodo de 100.000 años, lo que explica que podamos considerarlas inmóviles a escala humana. Después, más alejados del Centro... el sol y los planetas que se mueven en la zona zodiacal rodeando el conjunto.

Subsisten aún formas zodiacales que fueron proyectadas en el suelo en época neolítica. Quizá constituían un itinerario que conducía al hombre hasta el centro de sí mismo, pero esto necesitaría un intermediario en la figura de eje y asegure entonces la unión Tierra-Cielo.

Instrumentos astronómicos prehistóricos no identificados duermen probablemente en nuestros museos, sin embargo conocemos un pequeño instrumento ritual utilizado en la antigua China que simboliza por sí mismo al hombre en su papel de mediador. Este instrumento es el *Pî* (fig. 4). Está constituido por un círculo que figura el Cielo y está ajustado a otro instrumento, el *T'sung*, que es un tubo hueco amarillo (el amarillo es el color de la Tierra, y el *T'sung* resulta ser simbólicamente asimilable a la envoltura terrena del hombre). El conjunto de *Pî* y *T'sung* permite observar la Polar y medir la latitud del lugar. Por bellos que puedan ser algunos *Pî* de jade, no tienen sin embargo sentido si no es por el espacio vacío que delimitan.



Fig. 4. *Pî y T'sung con figuración de la Estrella.*

Dibujo de una fotografía tomada de "Crónica de las civilizaciones desaparecidas" (Laffont).

De hecho, la "Inter-Mediación" entre la Tierra y el Cielo, el Polo y la Estrella, no puede ser "realizada" más que por la Visión, la Mirada que atraviesa el tubo hueco (caverna, espacio vacío en el seno de la Montaña Polar).

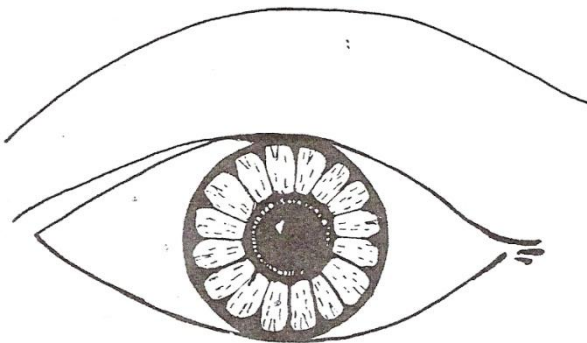


Fig. 5. *El ojo...otro espacio sagrado: la mirada es el eje que lo atraviesa.*

“El ojo con el que Te miro es el ojo con el que Tu me ves” dirá el Maestro Eckhart, usando el mismo lenguaje que Héhaka Sapa:

“Soy ciego y no veo las cosas de este mundo, pero cuando la luz viene de Lo Alto ilumina mi corazón y puedo ver, pues el Ojo de mi corazón (Chante Ishta) ve todas las cosas. El corazón es el santuario en cuyo centro hay un pequeño espacio donde habita el Gran Espíritu, y este es el Ojo (Ishta). Este es el Ojo del Gran Espíritu por el cual Él ve todo y por el cual le vemos”. (5)

Por la noche, cuando la agitación terrestre del día ha cesado, el hombre puede contemplar el espacio infinito, símbolo de la noche mística, lejos de la agitación de los sentidos... Esto es lo que sugiere la ascensión nocturna del profeta Mahoma, que alcanzó el Centro de la Jerusalén Celeste montado en su Yegua alada *el Borag*; a menos que no sea *“La Noche del Destino”*, descenso del *Qoran* en el cuerpo del profeta: *“En esta noche, los Ángeles suben y bajan para ajustarlo todo... paz hasta la aurora...” (6)*

Pero desde la aurora, el Sol, del que conocemos su movimiento en coordenadas “polares”, nos permite a su vez orientarnos a pesar de la agitación diurna. Es por ello por lo que el Carro Solar, que simboliza la ley de su movimiento, tiene tanta importancia en el pensamiento mítico del Antiguo Mundo. Punto de referencia que desgana el curso de toda actividad humana, el sol es al día lo que la Estrella es a la noche, si bien el simbolismo cósmico de la unión de la Tierra a la Estrella está entonces adaptado al de la Tierra al Sol. Las estructuras arquitectónicas y las orientaciones características de los monumentos megalíticos lo testimonian sistemáticamente.

Otra manera de abordar el simbolismo cósmico que une el hombre a la Estrella es la aproximación lingüística. Sometida a la prueba lingüística, la triple noción de Estrella-Eje-Centro resulta interesante: en sánscrito TARA es *“Estrella”*, y también la *“pupila del Ojo”*; TARANA significa *“que hace atravesar, que libera”*, y también la esposa del dios Shiva, esto es, la Gran Diosa de los neolíticos, o la Ishtar babilónica que es también la estrella STAR. En pre-indoeuropeo la palabra TAR, TARA, nos dicen, significa *“piedra” (7)*. Ahora bien, la MONTAÑA de TARA en Irlanda está ligada a los grandes túmulos del valle del Boyne, entre los cuales está el de New Grange, templo solar probablemente padre de Stonehenge. TARA es el mismo nombre que la *Tula* hiperbórea o el *Aztlan* de las tradiciones americanas, la Montaña Polar, la *“Tierra de los Vivos”* como dice René Guénon (8), es decir, un Centro o Polo Espiritual.

¿Cómo se transmitía el conocimiento desde este Centro o Polo Espiritual a la periferia? Conviene evocar ahora algunos principios de esta transmisión.

Expresar lo inexpresable...convertir en perceptible, para todos aquellos que lo desean, el movimiento vital que desde el interior anima a todas las cosas vivas. Esta ha sido siempre, parece, la preocupación esencial de los Sacerdotes-Sabios de las sociedades tradicionales: ayudar a los hombres a comprender mejor el sentido de su vida y salvaguardar el patrimonio de la humanidad.

El estudio de los vestigios que son testimonio de la existencia de Espacios Sagrados evidencia que el método practicado para transmitir el conocimiento fue el Arte Sagrado, y podemos concebir fácilmente que esta labor debía necesitar enormes esfuerzos, tanto por parte

de los que transmitían como por los que intentaban comprender. Nuestra formación de hombres modernos nos ha familiarizado poco con la noción de “*Arte Sagrado*”, y parece claro que lo que llamamos “*arte*” tiene generalmente muy pocos puntos en común con esta “*ciencia exacta*” que nos pide una participación más global de todo nuestro ser.

En efecto, si el modo intelectual adquiere toda su importancia en la comprensión de un cierto tipo de fenómenos, sabemos también que se revela muy insuficiente, por ejemplo en el dominio espiritual.

El arte sagrado es la ciencia de las formas. Estas formas expresan la coincidencia entre las ciencias y técnicas profanas y las ciencias religiosas, es decir, reúnen la física y la metafísica y están determinadas por leyes precisas que son las mismas para la edificación de un templo, la fabricación de una vasija o la creación de herramientas de trabajo, si bien, sea cual sea su tipo individual, cada hombre se encuentra integrado en la comunidad cuya unidad percibe.

Ya hemos visto como el arte sagrado utiliza el lenguaje simbólico y el pensamiento mítico como medio de expresión, y esto significa que si queremos comprender su mensaje tendremos que añadir cualidades particulares a nuestro modo de comprensión habitual: un sentimiento adaptado (emoción estética) y la percepción intuitiva, en la que la “*fulgurancia*” resuelve la dualidad discursiva habitual. Dicho de otro modo, parece claro que si el conocimiento transmitido por estos Sacerdotes-Sabios del mundo antiguo era la Unidad de todo, este conocimiento no podía ser transmitido o asimilado más que por aquellos para quienes la unidad interior era una experiencia afectiva, constituyendo en realidad esta experiencia la meta a alcanzar.

Igualmente, presentimos que quizá la preparación a este estado de simbiosis conocedor-conocido no pudo ser más que el resultado de una verdadera “*cultura*”, es decir, de una cultura tradicional, tal como debía estar “*organizada*” entre los pueblos antiguos y los pueblos neolíticos que son el objeto de este estudio, y de la que nos ofrecen un sorprendente testimonio.

Más tarde, las grandes civilizaciones como la del Egipto faraónico nos transmitirán el mismo aprendizaje explicándonos que este conocimiento se adquiere junto a un maestro o en el seno de una escuela. La de Pitágoras es un ejemplo que nos gusta citar pues se dejan entrever ciertas afinidades entre esta escuela y la tradición megalítica que sin embargo la precedió en algunos milenios. La importancia concedida a las ciencias en esta escuela juega el papel de un mundo intermediario que permite al hombre entrar en contacto con él mismo, y por ello con un tipo de realidad que no puede inscribirse en una ecuación...¿No es la condición de la realización del adagio “*Conócete a ti mismo y conocerás el Universo*”?

Pero ¿qué queda de estas ciencias que Pitágoras se esforzó por encontrar desde Bretaña hasta Oriente Medio con el fin de transmitir las bajo la forma que convenía a su época?

H. Fleury.

NOTAS:

- (1) "Le monde des symboles", colección Zodiaque.
- (2) "National Géographie", C. Renfrew, 1.977.
- (3) Boletín A.A.K., nº 1, p.32.
- (4) El menhir de la fig. 3, que se encuentra cerca de Kervéatous, es conocido en realidad como el menhir de Kerloas y pertenece al municipio de Plouarzel. Con sus 9,50 m. de altura (midió unos 12 m. antes de ser roto por un rayo) es el mayor aún erguido. Dos de sus caras presentan dos salientes redondeados a un metro del suelo, contra los que se frotaban los recién casados en un rito de fertilidad, según la tradición popular (N. del T.).
- (5) "Les rites secrets des indiens Sioux", Héhaka Sapa.
- (6) El Corán, sura "La Noche del Destino" (al Qadr).
- (7) "Le vaisseau du Salut et l'Or des alquimistas", Béatrice Guy.
- (8) "Le Roi du Monde", R. Guénon, NRF, Gallimard.